

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 18

VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA

I. 1. Luego dice: *Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa no vale para nada, sino para ser arrojada fuera y ser pisada por los hombres*¹. El Señor llama a sus apóstoles «sal de la tierra». Veamos qué quiere decir de sus apóstoles el Señor cuando les aplica esta comparación. Y para poder comprenderlo mejor, hay que investigar primero con atención qué es esta sal, y de qué tierra se trata, y finalmente para qué aprovecha y con qué utilidad.

2. Debemos tratar incluso de la naturaleza y el uso de la misma sal, para que una vez conocidas estas cosas alcancemos más fácilmente el sentido espiritual de las palabras del Señor. La naturaleza de la sal se constituye por el agua, por el calor del sol y por el soplo del viento; y a partir de aquello que fue, se forma una especie distinta. Así también los apóstoles y todos los creyentes, renacidos para Dios por el agua del bautismo, por la fe en Cristo, a quien se ha comparado con el sol de justicia², y por la inspiración del Espíritu Santo, han pasado de una naturaleza terrena a otra celeste.

3. Por eso con toda razón llama el Señor a los santos apóstoles «sal de la tierra». ¿Y de qué tierra? Es evidente

que se trata de la tierra de nuestro cuerpo, que antiguamente era insípida e insulsa por el sabor de la vanidad y que salaron con la sabiduría³ de la predicación evangélica. Ellos se hicieron en efecto la sal de nuestra tierra, porque por ellos no sólo recibimos la palabra de la sabiduría sino también fuimos transformados, por un nacimiento celeste, en una naturaleza espiritual.

4. Pues como esta sal, es decir la sal de la tierra, es necesaria a todos sin distinción, es decir a los reyes y a los poderosos, a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores; así también la palabra de la sabiduría celeste que fue predicada por los apóstoles es necesaria a todos en orden a la vida: *Pues todos, según el Apóstol, necesitan de la gracia de Dios*⁴. Pues así como en esta vida presente no nos manejamos sin la sal, así también aquella vida eterna no podemos alcanzarla sin el don de la sabiduría celeste.

II. 1. Como ya más arriba se ha hablado de la naturaleza y ventajas de la sal según el sentido espiritual, ahora tratemos también del poder mismo de la sal. *Vosotros* por tanto, dice, *sois la sal de la tierra*. Por tanto como las sales, al actuar sobre cualquier tipo de carne, no permiten la corrupción, eliminan los olores, purifican las suciedades y no dejan que se engendren gusanos; así también la gracia celeste y la fe, que se dio por medio de los apóstoles, obra en nosotros de igual modo.

2. En efecto, arranca la corrupción de la concupiscencia carnal, purifica las suciedades de los pecados, excluye el olor de la mala conversación, no deja que se engendren los gusanos de los delitos, es decir, que surjan del cuerpo los mortíferos deseos libidinosos; preserva nuestros cuerpos inclu-

so de aquel gusano inmortal que tortura a los pecadores con un castigo infatigable, del cual está escrito: *Su gusano no morirá y su fuego no se apagará*⁵.

3. Y como las sales se colocan por fuera, pero obran por dentro en virtud de su naturaleza, así también la gracia celeste penetra lo exterior del hombre y lo interior, y preserva al hombre inmune del pecado e incorrupto. Ya antaño se mostró que son dignos de Dios los que se sazonan con la sal de la sabiduría celeste; se mostró en la figura anticipadora de la ley: porque todo sacrificio que se había de ofrecer a Dios se sazonaba con sal.

4. Esto mismo recordó el evangelista diciendo: *Todo sacrificio será sazonado con sal*⁶, mostrando que el hombre que se hace de verdad un sacrificio digno de Dios, es aquel que está impregnado de la fuerza de la sabiduría celeste.

5. Por eso con toda razón, cuando el Señor increpa a Jerusalén, o mejor a la Sinagoga, por medio del profeta Ezequiel, dice entre otras cosas: *No está lavada en agua, ni sa-lada con sal*⁷; anunciaba que no iba a aceptar la gracia del bautismo salvador para lavar sus pecados ni iba a acoger la fe de la sabiduría celeste. Si alguno, pues, usa esta sal celeste, será sazonado; pero quien no quiera, se volverá insípido. Con toda razón nos advirtió también el Apóstol que nuestra conversación debe siempre desenvolverse en gracia, condimentada con sal⁸.

III. 1. Todavía encontramos que también en los libros de los Reyes⁹ se nos muestra con antelación la gracia y la fuerza de esta sal¹⁰. Al haber en Jericó aguas malignas que hacían estériles [las tierras], se pidió al santo profeta Eliseo

que diera un remedio para sanar aquellas aguas. Entonces el santo Eliseo, que no desconocía el misterio celeste, dijo que le llevaran un vaso de barro y se metiera en él algo de sal. Y fue y echó la sal a la salida de las aguas; y así se sanó la esterilidad de las aguas, y se cambió en fecundidad; conocemos de modo manifiesto que esto se obró como sacramento de la verdad futura.

2. Y que las aguas indicaban a los gentiles, lo dijo claramente el Apocalipsis: *Las aguas que has visto son los pueblos, los gentiles, las multitudes y las naciones*¹¹. Éstos no podían sanar de otro modo ni recibir un remedio salvador, si no se echaba sal en un vaso de barro, es decir, si la sabiduría de Dios¹² no tomaba un cuerpo humano. Y después que ésta llegara por nuestra salvación a la salida de las aguas, es decir a la salida que es la muerte humana, entonces la naturaleza de todos los creyentes, que era estéril de todo fruto, pasó a ser fecunda de fe y de justicia.

3. Por eso con toda razón llama el Señor a sus apóstoles sal de la tierra, ya que los llenó con la sabiduría celeste y divina que procede de Él. Pero los llamó sal de la tierra del mismo modo que les dijo luz del mundo¹³. Pues aunque Él mismo manifestó públicamente que era la luz del mundo¹⁴, no obstante quiso llamar también con este nombre a sus discípulos, no de modo que se quitara lo que es suyo, sino concediéndoselo también a ellos; porque Él prodiga la luz verdadera y eterna que es suya, sin ningún detrimento de su propia naturaleza.

4. Sin embargo, sabemos que también algunas sales se generan de la tierra¹⁵; y asimismo esta comparación conviene a las personas de los apóstoles. Porque aunque parecie-

ran nacidos de la tierra del cuerpo humano, ya habían empezado a ser otra cosa por la fe en Cristo, para que ya no se les considerara tierra, sino sal de la tierra; porque de carnales se hicieron espirituales, para que con la fe pudieran condimentar los corazones insulsos de los creyentes.

IV. 1. *Vosotros, dice, sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? No vale para nada, si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.* Muestra que se desvirtúan aquellos que, aunque debían permanecer fieles y estables al haber sido una vez instruidos por la fe y la sabiduría celeste, abandonando la fe y la sabiduría divina caen en la herejía o vuelven a la necesidad de los gentiles. Y por eso dice: *Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?* Porque semejantes hombres, desvirtuados con el engaño del diablo, se desvanecen una vez perdida la gracia de la fe.

2. Y aunque habrían podido condimentar con la palabra de la predicación divina a otros no creyentes y lejanos todavía de la fe, se hicieron inútiles incluso para sí mismos. En fin: Judas Iscariote había sido sal como éstas de las que hablamos; pero después que hubo rechazado la divina sabiduría y pasó de apóstol a apóstata, no sólo no pudo favorecer a otros, sino que se hizo para sí mismo mísero e inútil¹⁶.

3. Y por eso añadió el Señor: *No vale para nada, si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.* Porque los de esta clase, que ya no son fieles ni gente de la familia¹⁷, sino que han sido arrojados de la Iglesia, han de ser tenidos por extraños y enemigos de la fe. Por lo cual también Judas, de ser de la familia de la fe pasó a ser enemigo de la verdad. Y una vez arrojados estos tales fuera de la iglesia, son pisoteados necesariamente por los diversos vicios de

la carne y los varios placeres del siglo; y esto es lo que dice: *No vale para nada si no es para ser echada fuera y pisoteada por los hombres.*

4. Lo que quiere decir «ser pisado por los hombres» lo refirió también Salomón en su libro, al hablar de la mujer meretriz: *La mujer fornicadora es pisoteada por los hombres que pasan, como si fuera estiércol en el camino*¹⁸. Y como ya estamos condimentados con la sal apostólica, debemos permanecer en la sazón de una gracia espiritual tan grande y de tal categoría, que merezcamos también nosotros ser llamados «sal de la tierra» de parte de Cristo nuestro Señor.

TRATADO 19

VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO

I. 1. Luego dice: *Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad puesta sobre un monte, ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemin, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa*¹. El Señor llamó a sus discípulos sal de la tierra porque sazonaron por medio de la sabiduría celeste los corazones del género humano, desvirtuados por el diablo. Ahora los llama también luz del mundo porque, iluminados por Él, que es la luz verdadera y eterna, se han hecho también luz de las tinieblas. 2. Pues como Él es el sol de justicia², no sin razón da también a sus discípulos el nombre de luz del mundo; porque por medio de ellos, como si se tratara de unos rayos brillantes, derramó por todo el orbe la luz de su conocimiento; pues, manifestando la luz de la verdad, pusieron en fuga de los corazones humanos las tinieblas del error. Iluminados por ellos, también nosotros hemos sido transformados de tinieblas en luz, como dice el Apóstol: *Erais una vez tinieblas, ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz*³. 3. Y otra vez: *No sois hijos de la noche*

ni de las tinieblas sino que sois hijos de la luz e hijos del día⁴. Con razón declara también Juan en su carta: *Dios es luz*⁵, y quien permanece en Dios, está en la luz, *como Él mismo está en la luz*⁶. Por eso, ya que nos alegramos de haber sido liberados de las tinieblas del error, debemos caminar siempre en la luz como hijos de la luz.

II. 1. Y añadió: *No puede esconderse una ciudad que está puesta sobre un monte*. Esta ciudad quiere decir la Iglesia, de la que dan testimonio las escrituras divinas en muchos pasajes y de la que habla especialmente David cuando dice: *Se han dicho de ti cosas gloriosas, ciudad de Dios*⁷. Y otra vez: *La fuerza de la corriente alegra la ciudad de Dios*⁸. Y además: *Como lo habíamos oído así también lo hemos visto en la ciudad del Señor de las potencias, en la ciudad de nuestro Dios; Dios la ha fundado para siempre*⁹. 2. Y para mostrar abiertamente que hablaba de esta ciudad, el Espíritu Santo hizo también mención del monte, diciendo: *En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo*¹⁰. De esta ciudad también habla el Señor por Isaías diciendo: *He aquí que yo te prepararé una piedra de rubí, tus cimientos serán de zafiro, tu muralla de jaspe, tus puertas de piedras de cristal, tu muralla de piedras selectas, y todos tus hijos serán discípulos de Dios*¹¹. 3. Y muchas cosas parecidas que hemos omitido, para no aburrir a los que esto leen, sobre todo porque lo dicho basta y sobra para comprobar de qué ciudad se trata. Por tanto, la ciudad puesta sobre el monte muestra a la Iglesia, fundada en la gloria celeste sobre la fe en el Señor y Salvador nuestro; ella, superando toda la bajeza de la debilidad terrena con su

actividad espiritual, se ha hecho prominente y gloriosa ante el mundo entero; ella no está ya en sombras por el anuncio de la ley, sino que, una vez inaugurada la predicación mediante la enseñanza evangélica, es claramente visible.

III. 1. Y añadió: *Ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemín, sino encima del candelabro, para que alumbré a todos los que están en la casa.* Veamos también el sentido de este dicho del Señor. Sabemos que la lámpara se enciende, no para cubrirla con el celemín o con algún velo; si se hace esto no aprovecha en nada su empleo. Sino que se enciende en el candelabro para que, puesta en un lugar destacado, ahuyente la ceguera de la noche oscura y comunique el provecho de su luz a los que están en la casa. 2. Esto lo recuerda el Señor para que sepamos que también nosotros estamos encendidos con la gracia de la fe e iluminados con la luz del Espíritu para lucir espiritualmente por las obras de la fe y de la justicia, como una lámpara; y para alumbrar con la luz de la misma verdad a aquellos que habitan en las tinieblas del error, expulsando la noche de la ignorancia. Por eso dice el Apóstol: *Entre los cuales brilláis como una lámpara en este mundo, llevando en vosotros las palabras de la vida*¹². 3. Si no hacemos esto se verá que cubrimos y ensombrecemos con nuestra infidelidad, como si fuera un velo, el provecho de una luz tan necesaria, para daño nuestro y de otros. Por eso sabemos y leemos que incurrió en un merecido castigo aquél que, antes que meterlo en el banco, prefirió esconder el talento que había recibido para que hiciera ganancias en el negocio celeste¹³.

IV. 1. Y por eso siempre debe lucir en nosotros aquella lámpara espiritual que fue encendida para provecho de nuestra salvación. Tenemos en efecto la lámpara del mandamiento celeste y de la gracia espiritual, de la cual dijo David:

*Tu mandamiento es lámpara para mis pies y luz para mis senderos*¹⁴. De esta lámpara también dice Salomón: *Porque el precepto de la ley es una lámpara*¹⁵. Y también declara de ella el Señor por medio del profeta Sofonías: *Y escudriñaré Jerusalén con una lámpara*¹⁶. 2. En esta lámpara manifiesta pues la luz inextinguible de su ley y de su gracia, que no hay que tapar ni oscurecer con el velo de un entendimiento ciego, como hacen los judíos y los herejes, que se esfuerzan por cubrir y ocultar con interpretaciones erróneas la luz transparente de la predicación divina, predicando así la incredulidad en vez de la fe, y velando la luz de la verdad con las tinieblas del error.

3. Por lo cual no debemos ocultar esta lámpara de la ley y de la fe, sino que hemos de establecerla siempre en la Iglesia, como en un candelabro, para salvación de muchos, para que de la luz de la misma verdad gocemos nosotros y sean iluminados todos los creyentes. A la contemplación de esta luz nos exhorta también por Isaías el Espíritu Santo diciendo: *Venid, caminemos a la luz del Señor. Pues ha rechazado a su pueblo la casa de Israel*¹⁷. De esta luz también declaró el bienaventurado Pedro en su carta: *El que os arrancó de las tinieblas y os llamó a una luz admirable*¹⁸.

4. Por eso también el profeta Zacarías, para manifestar los misterios de esta luz espiritual y del candelabro celeste, que se mostró como figura de la Iglesia, entre otros misterios que en razón de la profecía se le enseñaron, declaró también haber visto un candelabro de oro con sus lámparas. Pues también en la tienda del testimonio brillaba con luz inextinguible un candelabro con lámparas, como ejemplo de la verdad futura¹⁹. 5. El significado de esto está oculto a los

judíos, como todos los sacramentos²⁰ de la ley, pero a nosotros ya nos ha sido manifestado. Sabemos, en efecto, que en aquel candelabro se mostró la figura de la luz verdadera y eterna, esto es, el Espíritu Santo, que ilumina siempre todo el cuerpo de la Iglesia por su gracia multiforme. Por lo que también el Señor exhorta en el Evangelio a sus discípulos, entre otras cosas, a que tengan en las manos lámparas encendidas, cuando les dice: *Estén ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas*²¹. 6. Y debemos entender que esto lo mandó el Señor no en sentido corporal sino espiritual. Pues como quiera que la lámpara significa el mandamiento de Dios o la luz de la ley, se nos manda llevar una lámpara en las manos para que, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, brillemos con las obras de la justicia y de la fe, según lo que dijo Salomón: *Los caminos de los justos brillarán igual que la luz; pues van por delante y alumbran hasta que el día nazca*²².

V. 1. Con razón, por tanto, después de hacer el Señor mención de la lámpara en nuestro pasaje diciendo: *Nadie enciende una lámpara y la coloca bajo el celemin, sino sobre el candelabro, para que alumbre a todos los que están en la casa*, añadió: *Alumbre así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*²³. Pues Dios es glorificado en nosotros²⁴ ante los incrédulos e infieles, si vivimos según los preceptos divinos, si brillamos con las buenas obras. 2. Por eso dice también el santo Apóstol: *Engrandeced y llevad a Dios en vuestro cuerpo*²⁵. Y el bienaventurado Pedro nos ad-

vierte igualmente en su carta: *Para que cuando os infamen como si vieran en vosotros algo malo, vuestras obras de justicia engrandezcan a nuestro Dios*²⁶. Puede también entenderse de otra forma, ya que la interpretación espiritual es múltiple: reconociendo que en la lámpara está representado el mismo Señor, a causa de la humildad del cuerpo que asumió. 3. Pues éste, según la gloria de la divinidad, es llamado sol de justicia²⁷, pero según el sacramento del cuerpo asumido también se muestra como lámpara; porque aunque era Dios de gloria y majestad eternas, apareció humilde en este mundo, como una lámpara. Y no sin razón «como una lámpara», porque la lámpara suele brillar en la noche. Y por esto apareció humilde en este mundo, como una lámpara, para expulsar las tinieblas del error y la noche de la ignorancia de nuestros corazones; pues nosotros habitábamos instalados en este mundo como en la noche. 4. Semejante lámpara, esto es, la encarnación de Cristo, mostrada por la ley y los profetas, ya no se oculta por la predicación oscura de la ley como con un celemín; ni se tapa con la infidelidad de los escribas y fariseos como con un vaso de perfidia; sino que, establecida en la cruz, como en un candelabro, ilumina toda la casa de la Iglesia²⁸. 5. Es pues una lámpara según el misterio de la encarnación; pero según la gloria de la divinidad es el sol de justicia²⁹. En fin, resplandeció como el sol en el mismo candelabro de la cruz cuando, a través de la predicación de los apóstoles, como si de rayos se tratara, el Señor y Salvador nuestro llevó a todo el orbe la luz clarísima de su conocimiento.

TRATADO 25

PONER LA OTRA MEJILLA

I. 1. Y continúa: *Oísteis que se dijo a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al mal, sino que si alguno te golpear en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda; y al que quiere pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto*¹. El Señor nos educa por los preceptos del Evangelio para que sigamos todo ejemplo de paciencia y humildad.

2. Antaño se había mandado en la ley que si alguno, excitado por el furor de la ira, arrancaba un ojo o un diente a otro, sufriera él también una pena igual y un daño idéntico en su cuerpo². En este precepto se mostró de un lado la justicia de la ley, y se refrenó también, infundiendo este terror, la temeridad de un pueblo insolente; para que, a quienes no tenían temor del juicio futuro, al menos el castigo de la venganza presente les impidiera el crimen.

3. Pero los que viven según la fe del Evangelio no exigen la retribución de esa venganza, pues se les reserva para el futuro toda su esperanza de retribución y venganza. Y por eso no sólo nos manda el Señor en el Evangelio que no devolvamos la injuria, sino que ordena poner también la otra

mejilla cuando nos golpean en la derecha, si reclama esto la ira del agresor.

4. Esto dice en efecto: *A quien te golpea en la mejilla derecha ofrécele también la izquierda*. En efecto, esto es de verdad vivir en fe, no buscar la revancha presente sino esperar la venganza futura de aquel que dice: *Mía es la venganza, yo retribuiré, dice el Señor*³. Jeremías se refiere claramente a este hombre evangélico que, golpeado en una mejilla, ofrece con gusto la otra, cuando dice: *Bueno es al hombre llevar un yugo pesado en su juventud. Se sentará en solitario y callará, porque llevó un yugo pesado. Dará su mejilla para que la golpeen y se saciará de oprobio*⁴. 5. En esto muestra con claridad que es bienaventurado el hombre que, viviendo bajo el yugo de la ley evangélica, no se aparta de ninguna injuria de su perseguidor. En efecto, la práctica de esta tolerancia lleva a la pasión del martirio. Pues fácilmente podrá soportar en tiempo de persecución las penas del cuerpo si, ejercitado antes cuando había paz, acoge estas injurias sereno y con gusto. 6. No conviene en modo alguno al cristiano devolver la injuria, no sea que sea juzgado igual que aquél a quien restituye el golpe. Pues si es malo cometer una injuria, no está libre de culpa quien responde al malvado, y por esto no puede ser tenido por bueno quien imita al malo.

II. 1. Pero el Señor no sólo manda poner la mejilla al que golpea, sino también sufrir los perjuicios. Pues añadió esto: *y al que quiere pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto*. Pues después de tolerar la injuria corporal quiere el Señor que tengamos también desprecio por las cosas del mundo; y estar hasta tal punto apartados de todo litigio y pleito judicial, que, si acaso aparece un calumniador y tentador que mueve un pleito con-

tra nosotros para comprobar nuestra fe, queriendo quitarnos lo nuestro, el Señor nos manda ofrecerle de propia iniciativa, no sólo aquello que busca injustamente, sino también lo que no pide. 2. Porque si uno ha despreciado lo pequeño a causa de la falsa denuncia de un litigador, instruido por este ejercicio podrá fácilmente despreciar también en la persecución todas las cosas de este mundo. Esa es la fe perfecta y la perfecta victoria contra el que comete injuria: ofrecerle incluso aquello que no pide.

III. 1. Después dice: *Y a quien te forzare a andar con él una milla, acompáñale otras dos*⁵. El Señor nos ordena ser prontos y diligentes para toda obra de devoción. Quiere que nuestro bien no sea tanto forzado por la necesidad como por propia voluntad, para que al hacer por propia iniciativa más de lo que nos piden, consigamos la gloria de un premio mayor. Pues es deber de la caridad íntegra y de la devoción perfecta dar libremente más de lo que se te pide.

2. Algunos creyeron que se debía dar también una interpretación espiritual: que quien fuera forzado a andar una milla, vaya con él todavía otras dos, es decir que cuando algún infiel o alguien que no ha alcanzado todavía el conocimiento de la verdad, hiciera mención de un solo Dios Padre creador de todas las cosas, como quien ha entrado por el camino de la ley, vayas con él todavía otras dos; es decir, que después de la profesión de Dios Padre, le conduzcas por el camino de la verdad hasta el conocimiento del Hijo y del Espíritu Santo, mostrándole que no sólo hay que creer en el Padre, sino también en el Hijo y en el Espíritu Santo.

IV. 1. Después sigue: *Y a quien te pide, dale*⁶. Es decir, que después del conocimiento de la Trinidad, otorguemos el don de la gracia celeste con ánimo dispuesto. Y también que

a los que piden misericordia les demos según nuestras posibilidades para que, poniendo delante este mérito, podamos nosotros alcanzar más fácilmente lo que pedimos a Dios de aquel que dice: *Pedid y se os dará*⁷. Pero si despreciamos a los que nos piden, ¿con qué confianza creemos que nos va a conceder Dios a nosotros lo que le pedimos? Pues dice la Escritura: *Mira, no apartes tu rostro de ningún pobre; así ocurrirá que no se apartará tampoco de ti el rostro de Dios*⁸. *Y a todo el que quiera pedirte prestado, no le des la espalda*⁹. Se nos manda guardar en todo la religión de la piedad y la fe, para que consideremos propia la necesidad del que sufre tribulación, y no tengamos en más a los bienes que al hermano. Y por eso debemos compartir con ánimo religioso y piadoso afecto con los hermanos que nos instan y con los que piden en la necesidad un préstamo, esperando el premio de la retribución eterna según lo que dice David: *Dichoso el hombre que se apiada y tiene misericordia, prepara su defensa para el juicio*¹⁰. 2. Y otra vez: *Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos*¹¹. Por eso también el santo Job, cuyo ejemplo nos conviene seguir, que cumplió estos mismos preceptos evangélicos, hace mención de sí mismo diciendo: *¿Hice despedir al indigente y que saliera de mi puerta con el torso desnudo? ¿Tome fianza a alguno y no la devolví? Y si fié, no recibí nada de mi deudor. ¿O por mi causa gimió la tierra, o se lamentaron sus surcos? ¿O comí su fruto en solitario sin pagar, o contristé el ánimo del Señor de la tierra engañándole?*¹². Todo esto lo cumplió Job fielmente porque esperaba el premio de Aquel que es buen pagador de los bienes eternos.

TRATADO 30

ACUMULAD TESOROS EN EL CIELO

I. 1. Luego dice: *No acumuléis tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los destruyen y donde los ladrones horadan y se los llevan. Acumulad tesoros en el cielo donde ni el orín ni la polilla los destruyen y donde los ladrones no horadan ni roban; pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*¹. Nos prohíbe el Señor atesorar en la tierra, donde todas las cosas son frágiles y pasajeras. Pues es contrario a la fe y a la salvación desear estos tesoros terrenos, buscar las riquezas del siglo, perseguir las posesiones del mundo, que las polillas pueden corromper y el orín consumir y los ladrones hurtar. 2. Porque los que quieren atesorar más en la tierra que en el cielo no pueden poseer aquellos tesoros de la vida eterna y celestial, pues ya dice el Señor *que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos*². Del mismo modo también el Apóstol: *Pues quienes quieren hacerse ricos caen en la tentación y en la ratonera del diablo*³. Acordémonos de aquel rico que puso toda su gloria en los tesoros del siglo y en la abundancia de sus rentas. Cuando, a causa de la buena cosecha de trigo,

pensaba en ampliar los graneros y prometía a su alma las delicias de la abundancia y la seguridad de una larga vida, no es que perdiera lo que había reunido porque se lo arrebatara un ladrón, sino que dejó escapar nada más terminar esa noche el alma para la que atesoraba⁴. 3. Por eso con toda razón declaró el mismo David: *Atesora y no sabe para quién reúne*⁵. Pensemos también en aquel muchacho que, aunque había cumplido casi todos los preceptos de la ley, como tuvo en más los tesoros terrenos que los celestes, no pudo obtener los tesoros de la vida eterna⁶. Y por esto dice bien David: *Si abundan las riquezas, no pongáis en ellas el corazón*⁷.

II. 1. Por eso quiere el Señor que guardemos nuestros tesoros no en la tierra, donde pueden perecer, sino en el cielo, donde ninguna adversidad tiene poder sobre ellos, donde los ladrones, es decir el diablo y sus ángeles, no horradan, donde ni la polilla ni el orín, es decir los pecados que dominan sobre este mundo, los aniquilan. Y el mismo Señor manifiesta en el Evangelio cómo debemos depositar este tesoro en el cielo, cuando dice a aquel muchacho: *Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*⁸. 2. Por tanto se nos manda guardar en el cielo, a través de las obras de justicia y de los méritos de piedad y misericordia, este tipo de tesoros que son eternos e incorruptos, que no pueden perecer. En el cielo se guarda, según la autoridad de la Escritura, todo lo que se distribuye para uso de los pobres, ya que dice la Escritura: *Quien da al pobre, presta a Dios*⁹. Por eso vemos que los creyentes del tiempo de los apóstoles, acordándose de este precepto del Señor, atesoraron para sí en el cielo; vendieron todas sus

cosas y trasladaron así los tesoros terrenos a los reinos celestiales¹⁰.

III. 1. Y por eso añadió el Señor: *Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón*. Porque si con las buenas obras atesoramos constantemente en el cielo, donde residen todas nuestras esperanzas y nuestra salvación, donde se nos ha depositado la vida eterna, entonces tenemos siempre el corazón en el cielo aunque vivamos en la tierra. Pero no puede tener el corazón en los cielos el que haya preferido atesorar para sí en la tierra, atrapado por el deseo de este mundo. 2. Con razón exhorta también el santo Apóstol incluso a los ricos del mundo sobre la manera en que pueden conseguir este tesoro celeste: *A los ricos de este mundo manda que no sean soberbios ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas de este mundo, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todo para que lo disfrutemos; que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, que atesoren para el futuro de modo que adquieran la verdadera vida*¹¹, proveniente del que es origen de la vida y de la inmortalidad eterna.

TRATADO 31

LA LÁMPARA DEL CUERPO - NO SERVIR A DOS SEÑORES

I. 1. Luego dice¹: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo está en tinieblas. Por tanto, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cómo son entonces de grandes las tinieblas?*². Por la lámpara del cuerpo se entiende la mirada del espíritu y la fe del corazón que, si es en nosotros pura y brillante, no hay duda que ilumina todo nuestro cuerpo.

2. Pero se compara la fe con una lámpara porque, igual que una lámpara ilumina los pasos de los que avanzan en la noche, no sea que al caminar caigan en baches o tropiecen en algún obstáculo³; así, en la noche de este mundo, el esplendor de la fe ilumina todos los pasos de nuestra vida, pues nos precede la luz de la verdad, para que no vayamos a parar a las fosas de los pecados o los obstáculos del diablo.

3. Esto es, por tanto, lo que dice el Señor: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo está en tinieblas*; mostrando que si esta fe nuestra, representada en la lámpara del cuerpo, o sea en el ojo, se ciega en nosotros

por las tinieblas de los pecados o las sombras de la infidelidad, nuestro cuerpo entero se torna sin duda oscuro y tenebroso. 4. Esto mismo muestra Juan cuando dice: *Dios es luz*⁴, y: *Quien quiere a su hermano permanece en la luz, como también él mismo está en la luz; pero quien odia a su hermano está en las tinieblas, y camina en las tinieblas, y no sabe a dónde camina, porque las tinieblas han cegado sus ojos*⁵. Y aunque según las palabras de Juan esto se entiende de aquél que odia a su hermano, démonos cuenta de las tinieblas en que vive el hereje, que se ha hecho incrédulo y blasfemo al perder la luz de la verdad católica. Y por eso dice el Señor: *Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cómo son entonces de grandes las tinieblas?* Es decir, en aquel que mudó la verdad en mentira y la fe en incredulidad.

II. 1. En un sentido diverso vemos que el ojo del cuerpo, que es más bello y precioso que todos los demás miembros, quiere decir el obispo, que con la predicación clara de su fe y doctrina ilumina, como si fuera un ojo, el cuerpo de la Iglesia. Si él muestra ser maestro católico y fiel a través de una fe sencilla y un comportamiento santo, el pueblo al que preside puede permanecer siempre en la luz de la verdad con el ejemplo de su doctrina y figura.

2. Pero si el que parece dar a los demás la luz, muestra ser un maestro malo e infiel por una fe errada o un comportamiento torpe, sin duda, con el mal ejemplo de su vida y de su incredulidad, puede volver todo el cuerpo tenebroso. Por esto dice el Señor con toda razón de semejante ojo: *Si la luz que hay en ti es oscuridad, ¿cuán grandes son entonces las tinieblas?* Es decir, si semejante maestro, que debe dar a los demás desde sí la luz de la fe, se vuelve tenebroso cegado por la herejía, ¿entendamos cuán grandes pueden ser las tinieblas de los pecados en aquel pueblo!

III. 1. Y añadió: *Nadie puede servir a dos señores; pues o bien odiará a uno y amará al otro, o bien sufrirá al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a «mammón»*⁶. El Señor manifiesta con claridad que ninguno de nosotros puede servir a dos señores, es decir a Dios y al diablo. Y aunque Dios es Señor de todo, porque todo fue creado por Él y Él domina en todas las cosas por potestad, fuerza y naturaleza, se digna sin embargo ser Señor especialmente de aquellos que, conociendo a su Dios y Señor, creador de todo, guardan sus preceptos con fiel sujeción.

2. Sin embargo, se entiende que el diablo es señor sólo de aquellos a quienes somete a su malvada servidumbre apartándolos por el pecado de su verdadero Señor y padre; y a quienes por obra de su iniquidad domina con derecho usurpado. Y esta es la causa de que él mismo sea también llamado a su modo señor, porque se enseñorea por el pecado de este tipo de hombres necios. Y por eso está escrito: *Quien comete pecado, esclavo es del pecado*⁷.

3. Pero como, visitados por la misericordia de Dios y liberados del dominio del diablo, hemos reconocido ya al verdadero Señor, por quien hemos sido creados y redimidos, se nos prohíbe servir al primer señor, que es el diablo, que nos dominaba tiránicamente, y también a la avaricia y al deseo ávido, que él llama «mammón» y que a veces suele hacer cautivos también a los espíritus religiosos. Por eso debemos rehuir y evitar el deseo del dinero, la avaricia mundana, para no ponernos el yugo de su indigna servidumbre, o de la del diablo, que es quien origina la avaricia.

IV. 1. Y esto es lo que dice el Señor: *Nadie puede servir a dos señores; pues u odiará al uno y amará al otro, o sufrirá al uno y despreciará al otro. No podeis servir a Dios y a «mammón»*. Porque quien ama de todo corazón a su

Dios y Señor es necesario que odie al diablo y a sus obras, porque es claro que en el amor⁸ siempre se tiene el diablo por maldito. Pero el que por las obras inicuas de los pecados ama a «mammón» o al diablo, haciendo su voluntad, no puede amar a Dios cuyos preceptos desprecia⁹.

2. Y por eso quien ama a Dios no puede ser llamado siervo del diablo, pues ya Él mismo le domina por la fe de la gracia celeste. Del mismo modo el que se somete a la dominación diabólica sirviendo a los pecados, semejante hombre no merece tener a Dios por Señor. Y por eso dice el Señor: *No podéis servir a Dios y a «mammón»*, mostrando así que no podemos servir a Dios y al diablo, es decir a Dios, origen de la misericordia, y al diablo dominador de «mammón» y de la avaricia.

3. Esto lo muestra también el Apóstol cuando dice: *¿qué sociedad pueden formar la luz y las tinieblas? ¿O qué asociación se da entre la justicia y la iniquidad? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel? ¿Y qué acuerdo entre el santuario de Dios y los ídolos? ¿Y qué armonía entre Cristo y Belial?*¹⁰. Se nos proponen por tanto dos señores: Dios y «mammón», que es el diablo, origen de «mammón». Aquél nos mueve a misericordia, éste a la avaricia; aquél a la vida, éste a la muerte; aquél a la salvación, éste a la perdición. ¿A cuál de los dos debemos obedecer? Sin duda a aquel que nos invita a la vida, no a quien nos arrastra a la muerte. Por tanto, debemos amar a Dios, que es el verdadero Señor y el origen de la vida, y despreciar al diablo que es origen de la muerte y que reivindica una dominación injusta; para que podamos así merecer la misericordia de Dios.

TRATADO 32

NO OS PREOCUPÉIS DEL MAÑANA MIRAD LAS AVES Y LOS LIRIOS

1. Luego sigue: *Por eso os digo que no deis vueltas en vuestro corazón a lo que comeréis o a lo que beberéis [¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que] el vestido?*¹. El Señor, que quiere que todo acto de nuestra vida sea celeste, nos prohíbe que demos vueltas a las cosas de este mundo o a las necesidades de la vida presente, porque por semejante preocupación el espíritu, distraído de Dios y los deseos celestes, es atraído a la solicitud y cuidado de este mundo. Recordemos que nuestro padre Adán, por el deseo de un pequeño alimento, no conservó los preceptos del Señor y perdió la gracia de la inmortalidad. Por eso también, después del alimento del vientre, comenzó a preocuparse por el vestido; ya que con la violación del mandato, perdida la vestidura de la gracia celeste, había visto que estaba desnudo². Por eso, con toda razón nos prohíbe el Señor pensar en el alimento o el vestido, porque corresponde a la fe perfecta no tener cuidado de las cosas de este mundo. No hay duda de que estas cosas que son necesarias para la vida presente, es decir la comida y el vestido, no nos pueden fal-

tar si el Señor nos es propicio; porque sabemos que recibimos de Él mismo cada día la comida espiritual para la salvación y que nos viste con la vestidura de la gracia celeste; y más cuando Dios acostumbra siempre a suministrar esto a sus siervos incluso sin preocupación de nuestra parte.

Esto dice en efecto Él mismo: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*³. Pensemos en el santo Elías que, sin pensar para nada en el alimento mundano, fue alimentado por la viuda en tiempo de hambre, ya que el Señor por propia voluntad lo mandó así. Y la misma viuda, a quien había quedado un poco de harina para ella y sus hijos, no pensando para nada en el mañana vivió de esto con sus hijos todo el tiempo de escasez⁴. Y primero fue a través de la viuda, pero después también cuando vivía en soledad leemos que el mismo santo Elías fue alimentado por unos cuervos que le traían la comida⁵. Encontramos también que al santo Daniel, que vivía según esta fe del Evangelio, estando en el foso de los leones entre las ávidas bocas de las feroces bestias, le hizo llegar el Señor en un instante de tiempo desde Judea hasta Babilonia un poco de alimento a través de un profeta⁶. Con estos ejemplos conocemos con toda claridad que no pueden faltar estas cosas a los siervos de Dios que viven según los preceptos evangélicos, como dice el profeta: *Fui joven, ya soy viejo, y no vi al justo abandonado ni a su linaje mendigando el pan*⁷. Y otra vez: *No matará Dios de hambre al alma justa*⁸. Y otra vez: *Misericordioso y compasivo el Señor, dio el alimento a quienes lo temen*⁹. Y otra vez: *Los ricos han padecido necesidad y hambre, pero los que buscan al*

Señor no carecerán de nada¹⁰. Y otra vez: *Los ojos del Señor sobre los que lo temen*, y lo restante hasta: [*para sostener su vida*] *en tiempo de hambre*¹¹. También por Isaías habla el Señor así de sus santos a los incrédulos y contumaces: *He aquí que los que me sirven comerán, pero vosotros pasaréis hambre. He aquí que los que me sirven beberán, pero vosotros pasaréis sed*¹².

2. Por eso dice el Señor con toda razón en nuestro pasaje: *No deis vueltas en vuestro corazón a lo que comeréis [o a lo que beberéis, ¿no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que] el vestido?* Con esto nos enseña a no tener cuidado del alimento del alma ni del vestido del cuerpo, sino a pensar más bien en la salvación de la misma alma y del cuerpo, porque *más es el alma que el alimento*. En efecto, este alimento se echa a perder, pero el alma permanece eternamente. *Y el cuerpo es más que el vestido* porque este vestido, una vez corrompido, se destruye y se pierde, pero el cuerpo se cubre por la resurrección con un vestido de inmortalidad. Y por esto no hay que pensar en estas cosas: porque el Señor, que concede lo que es más importante para el hombre, la vida eterna y la inmortalidad, se dignará sin duda conceder también estas cosas temporales.

3. Luego, inmediatamente después, propone el Señor también el ejemplo de las aves diciendo: *Mirad las aves del cielo, [no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros] más que ellas?*¹³. El Señor propuso estas cosas para instrucción de nuestra fe. Pues si las aves, que no trabajan ni piensan en la comida, no carecen cada día, con la ayuda de Dios, de los alimentos necesarios, cuánto más a los siervos de Dios y a los fieles no les pueden faltar estas cosas.

Pero como es claro que no sólo las aves, sino también las ovejas y las bestias y todas las fieras de los bosques y el conjunto de los animales del mundo, viven y se alimentan según la disposición de Dios, hay que preguntarse por qué el Señor ha hecho solamente mención de las aves. Debemos notar que este ejemplo no fue puesto sin un sentido espiritual. En primer lugar, la naturaleza de estas aves procede del agua. Después, entre todos los animales del mundo solo ellas vuelan arriba, a las alturas. Reconocemos que se indica con esta comparación a los hombres santos y fieles que, nacidos de forma semejante para Dios a través del agua del Bautismo, cada día se alimentan de la comida celeste sin preocupación por el mundo y, sin estar cargados por peso alguno de pecado, vuelan por la naturaleza espiritual e inmortal de los reinos terrestres a los celestes, al modo de las aves, para que verdaderamente se cumpla en ellos lo que está escrito: *¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes y como palomas con sus crías vienen a mí?*¹⁴. Entre estos hombres descuelan con toda razón los apóstoles, por aquello que dice: *¿No valéis vosotros más que ellas?* Porque aunque semejantes hombres sean santos, los apóstoles son los principales entre los santos.

4. Y añadió: *¿Pues quién de vosotros puede añadir un palmo a su estatura? ¿Y por qué estáis preocupados acerca del vestido?*¹⁵. No está en poder del hombre ni podemos con nuestras fuerzas aumentar el tamaño al cuerpo o añadir alguna medida por encima de nuestra talla, sino que corresponde sólo a Dios, que según la decisión de su voluntad se digna conceder a cada uno de nosotros lo que quiere y cuanto quiere. Por tanto, si lo que en nosotros crece de modo natural sin que nos preocupemos, se nos da según la disposición de Dios, ¡cuánto más las cosas que son necesas-

rias al cuerpo se nos darán por la condescendencia de quien es el autor de nuestra vida! Por otro lado, según el sentido espiritual, añadir un palmo significa la esperanza futura, a la cual nos hará llegar el Señor, transformados en el hombre perfecto por la gloria de la resurrección, según lo que cuenta el Apóstol: *Hasta que lleguemos todos a la madurez del hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo*¹⁶.

5. Después sigue: *Mirad los lirios del campo [cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres] de poca fe?*¹⁷. Más arriba se ha puesto la comparación de las aves para quitar de nosotros la preocupación del alimento cotidiano; ahora también se habla del vestido del cuerpo, para que no nos preocupemos por el mundo.

Pero como vemos que no sólo los lirios, sino también las semillas diversas y todo lo que nace de la tierra se viste por disposición divina según la cualidad de su especie, hay que preguntarse por qué hizo solo mención de los lirios. Y vemos ciertamente que estos lirios del campo dan una admirable fragancia, florecen, se visten, crecen; pero creemos que no se dijo sólo por estos lirios [terrenos], aunque también es piadoso entenderlo referido a ellos. De ahí que en los lirios, a causa de la gracia de su blancura y la suavidad de su olor, vemos también a los santos, es decir los patriarcas y otros iguales a ellos que, viviendo sin el trabajo y peso de la ley, agradando a Dios con la fe sola y la justicia natural, fueron vestidos con vestiduras de luz blanca. Y el Espíritu Santo declara también acerca de estos lirios a través de Salomón, hablando por boca de la Iglesia: *Baje mi her-*

*mano a su huerto, a las eras de balsameras, a apacentar en los huertos y recoger lirios*¹⁸. Y otra vez: *Yo para mi hermano y mi hermano para mí; él se apacienta entre los lirios*¹⁹. También Isaías ve representados a los hombres santos en los lirios cuando dice: *Que se alegre el desierto y exulte y florezca como un lirio y exulten las soledades del Jordán*²⁰.

Por eso con razón el mismo Señor, para mostrarse también el primero entre todos los santos y hacer ver que iba a tomar la flor de la carne humana, se dignó llamarse con esta misma palabra, diciendo por Salomón: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles*²¹. Por eso, en la frase siguiente, comparó también a su Iglesia a un lirio, a causa de la blancura de la fe y del suavísimo olor de su vida santa: *Como el lirio entre las espinas, así mi hermana en medio de las demás mujeres*²², mostrando que como el mismo Señor, que se llamó a sí mismo lirio, sufrió persecuciones diversas a causa de un pueblo lleno de espinas, así también su Iglesia iba a padecer diversas persecuciones por parte del mismo pueblo, según lo que él mismo dice en el Evangelio: *Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán*²³. Por tanto el Señor nos exhorta en el Evangelio a asemejarnos a este tipo de lirios, es decir a seguir el ejemplo de vida de los santos, para que viviendo según un ejemplo igual de santidad y fe podamos poseer la gloria de la prometida inmortalidad.

Pero también podemos, como les ha parecido a algunos²⁴, ver representados en estos lirios a los ángeles que, viendo sin ningún cuidado ni trabajo del mundo, florecen

en los reinos celestes vestidos con la blanca luz de la inmortalidad. A seguir su ejemplo se nos exhorta con toda razón para que, viviendo en este mundo a semejanza de la santidad de los ángeles, merezcamos conseguir la felicidad de la gloria angélica, como se dignó prometer el mismo Señor en el Evangelio, diciendo: *Pero en la resurrección no se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como ángeles del cielo*²⁵. Y para que conociéramos más claramente que se había dicho en sentido espiritual, el Señor añadió: *Os digo que ni Salomón en toda su gloria se cubrió como uno de éstos*, porque ningún vestido, aun precioso, incluso de la misma dignidad real en la cual Salomón floreció, puede compararse a la vestidura aquella celestial y angélica.

6. En el heno del campo, que como dijo: *hoy es y mañana se echa al horno*, reconocemos representados a los gentiles, ajenos al conocimiento de Dios, y a todos los pecadores, de quienes está escrito: *Toda carne es heno y toda gloria del hombre como flor del heno; se secó el heno, decayó la flor*; es decir, que este tipo de hombres que gozan de la flor decadente de esta vida y de la gloria mundana son destinados como heno seco al fuego perpetuo²⁶. De éstos también da testimonio el santo David cuando dice: *No imites a los que hacen el mal, porque como heno se secarán y como hierba del campo decaerán rápidamente*²⁷. Y otra vez: *El hombre es como heno y sus días se desfloran como la flor del campo*²⁸. Y todavía: *Sean como el heno de las terrazas*²⁹, es decir, los cuerpos de los pecadores, que no dan en sí ningún fruto de esperanza del cielo; solamente tuvieron la flor del mundo, que pasará inmediatamente. En aquello que dijo:

*Hoy es*³⁰, mostró el tiempo de la vida presente. El *mañana*, por su parte, significa el juicio del día futuro. Por tanto, dice, si a éste *Dios lo viste, cuánto más a vosotros, hombres de poca fe*³¹; es decir, si Dios cuida de los gentiles infieles y les concede por su bondad un vestido terreno, cuánto más se dignará concederlo a sus santos y fieles.

7. Por eso añadió: *No deis vueltas a lo que comeréis o a lo que beberéis. Todo esto lo buscan los gentiles de este mundo. Sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo esto. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os concederá*³². Se nos prohíbe por tanto preocuparnos de la comida y la bebida, de las cosas de este mundo. Pedir estas cosas es propio de los gentiles, que ignoran a Dios; pues, viviendo en este mundo y pensando sólo en el alimento de la vida presente como las ovejas, piensan que no hay nada tras la muerte. Por lo cual no nos conviene hacernos semejantes a los hombres de este tipo, que ponen toda su esperanza en la vida presente, sino que debemos pensar mejor en lo que pertenece al reino celeste y a la gloria futura, porque si siempre pensamos en lo celeste y eterno, no podrá faltarnos tampoco lo temporal. Esto dice en efecto: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os concederá*. Esto mismo también lo había declarado antes el Señor a través de Isaías: *Escuchadme y comeréis de lo bueno, y vuestra alma se deleitará con lo bueno*³³.

8. Por eso añadió: *No os preocupéis del mañana. Pues el mañana se preocupará de sí mismo. Le basta a cada día su malicia*³⁴. El Señor, al prohibirnos pensar en el mañana, removió de nosotros sin duda toda preocupación mundana.

Pero debemos preguntarnos por qué, cuando dijo que no debíamos preocuparnos del mañana, añadió: *Le basta a cada día su malicia*, y a qué malicia del día se refiere; porque sabemos que el Señor bendijo al principio del mundo cada uno de los días, y vemos que cada día se concede la luz a los hombres, y cada día conserva el curso dispuesto para él por Dios, y las leyes de la creación. Por tanto, no ha hablado el Señor de la malicia de este día que carece de culpa de pecado, sino más bien de nuestra malicia, la que cometemos cada día; y como no podemos estar un solo día sin pecado, aunque sea leve, el Señor nos exhorta a que purguemos los delitos de cada día, aun los pequeños, con la solitud cotidiana de la fe y con una satisfacción justa.

Por eso el santo Apóstol nos enseña a deponer la ira antes de la puesta del sol, no vaya a ser que el día entero, en toda su duración, nos encierre en el castigo del pecado³⁵. Por eso el santo David, que era anterior ciertamente al evangelio pero que vivía según el evangelio, borraba todas las noches los delitos de cada día con la satisfacción de las lágrimas, para no quedar sujeto a alguno de los pecados del día, según lo que dice: *Lavaré cada noche mi lecho. Regaré con lágrimas mi cama*³⁶. También el bienaventurado Job, quien gracias al Espíritu Santo no ignoraba el poder de este precepto evangélico, ofrecía diariamente a Dios sacrificios para purgar cada día los delitos de sus hijos; y no sólo los delitos sino también los pecados que ignoraban³⁷. Asimismo el santo Apóstol, queriendo que nosotros redimiéramos con la fe del cielo los delitos de cada día, nos exhorta en sus epístolas: *Andad en sabiduría para con los de fuera*³⁸, *no deseando nada de nadie*³⁹, *redimiendo el tiempo, porque los*

*días son malos*⁴⁰; y no se refiere a la disposición o al curso de los días, sino a los pecados de los hombres malos, que viven cotidianamente en este mundo entre iniquidades y crímenes. Y por eso debemos redimir con las buenas obras este tipo de días y este tiempo de la vida presente, para que merezcamos llegar a aquel día feliz de la gloria futura, en la llegada de nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 33

NO JUZGUÉIS - NO DEIS LO SANTO A LOS PERROS PEDID Y SE OS DARÁ

1. Luego sigue: *No juzguéis y no seréis juzgados. [Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis] se os medirá*¹. No prohíbe aquí el Señor juzgar, sino juzgar a la ligera. Luego añadió: *Según el juicio [con que juzguéis se os juzgará a vosotros, y con la medida con que hayáis medido] se os medirá a vosotros*². El Señor prescribe esto para que nadie se constituya en juez insolente y temerario contra su hermano. Pues hay algunos que dan crédito con facilidad, condenan con rapidez y hacen de algunas culpas, incluso pequeñas, delitos criminales. Por eso añadió bien el Señor: *Según el juicio con que juzguéis se os juzgará a vosotros, y con la medida con que hayáis medido se os medirá a vosotros*. En cuanto a las cosas que caen bajo nuestro juicio, justo o injusto, recibiremos la retribución en el juicio futuro de parte del Señor juez justo.

2. Luego, para mostrar esto mismo de forma más clara, añadió: *¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no miras la viga en tu ojo? [¿O cómo vas a decir a tu hermano: «Deja que te saque la brizna del ojo», teniendo la viga*

en el tuyo? *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para quitar la paja] del ojo de tu hermano*³. Lo que antes había dicho el Señor lo mostró ahora de modo claro y abierto, es decir que no había prohibido que los hombres santos y fieles juzgaran, sino que reprendieran los jueces impíos e indignos, quienes consideran a los otros dignos de condenación⁴ por delitos leves, cuando ellos mismos están cargados con graves pecados. Esto dice, en efecto: *¿Por qué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?* Con esto reprende ciertamente a este tipo de hombres que piensan que se debe juzgar a la ligera a los demás, cuando ellos mismos están sujetos a condena por el grave crimen de sus pecados. Y por eso añadió el Señor: *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para quitar la paja del ojo de tu hermano*, mostrando que ninguno de nosotros debe juzgar tan livianamente sobre el delito de otro, si no depone primero él mismo la carga de su pecado.

La paja, por su misma pequeñez, quiere decir un delito también pequeño. Y la viga, por su gran tamaño, muestra un pecado grave, o mejor, un crimen, con el cual se carga el ojo de la conciencia interior. Por eso también David, detestando la corrección y el juicio de estos tales, dice en el salmo: *Me corregirá el justo con misericordia y me reprenderá, pero el unguento del pecador no unja mi cabeza*⁵; porque la corrección del justo se hace con misericordia y es fiel, pues reprende para que haya enmienda, increpa para incitar a la salvación. Pero la increpación del hombre inicuo

y pecador hay que detestarla, porque no cura, sino que hiere.

3. Luego dice: *No deis lo santo a los perros, [ni tiréis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pateen con sus patas, y volviéndose luego] os hagan trizas*⁶. En la dispensación de la fe y en los sacramentos de la gracia celeste quiere el Señor que pongamos un cuidado solícito y una diligente cautela, para que no entreguemos sin distinción los sacramentos del don divino a hombres blasfemos y adversarios de la fe o al menos a hombres de mente enlodada y llenos de las impurezas de los pecados. Los perros, en efecto, quieren significar aquí los enemigos de la verdad y los detractores del nombre de Cristo, de los cuales dice el Apóstol: *¡Atención a los perros! ¡Atención a los malos obreros! ¡Atención a los que se circuncidan!*⁷. De estos declaró por David el mismo Señor: *Pues me han cercado perros numerosos, toros corpulentos me han acorralado*⁸. Por eso sabemos manifiestamente que los perros representan aquí los hombres blasfemos, que acostumbran a ladrar con boca rabiosa contra Dios, o al menos a los herejes quienes, con su impía discusión, que es como si fuera un ladrido de palabras, no dejan de perturbar a la grey del Señor.

Y en los puercos inmundos muestra a los hombres manchados con las muchas suciedades de los pecados. Sabemos, en efecto, que los cerdos son inmundos por naturaleza y, sumergida la boca entera en la tierra y en las fosas de cieno, no hacen otra cosa sino pedir siempre alimento para saciar el vientre, y no prestan ninguna utilidad mientras viven: no dan lana como las ovejas, ni leche como otros animales, ni sirven para el transporte, sino que, buscando sólo el alimento del vientre, se nutren para la muerte. En ellos, sin

duda, como antes hemos recordado, vemos que están representados los hombres inmundos y enlodados, que no llevan a cabo ninguna obra de misericordia ni esfuerzo religioso, y no tienen ninguna esperanza de la salvación futura, sino que, pensando sólo en la gula y el vientre, se revuelcan en las suciedades de sus pecados como los puercos en el cieno. De éstos parece dar testimonio el Apóstol cuando dice: *Su Dios es el vientre y su gloria está en sus vergüenzas, pues saborean las cosas terrenas*⁹.

A semejantes hombres se nos prohíbe por tanto confiar nuestras perlas, es decir los sacramentos de la fe y la gracia celeste, no sea que, al prodigar nosotros sin distinción y de forma inadecuada los misterios divinos a semejantes hombres, ellos, rechazando y pisoteando nuestro bien, empiecen con su infidelidad a hacer trizas la esperanza de nuestra fe y también ciertamente la de la Iglesia. Por eso con razón había prescrito la ley, prefigurando la verdad futura, que no se tomara en alimento este animal por ser inmundo¹⁰, con lo cual se quiere decir sin duda esto: que no se uniera al cuerpo de la Iglesia semejante hombre inmundo de vida cenagosa. Con razón también David, cuando hacía notar la vida inmundada y los graves pecados del pueblo, declaró acerca de esto: *Se saciaron los puercos y dejaron lo sobrante a sus hijos*¹¹. Esta misma advertencia se sabe que la dio también Salomón cuando dice: *Da al justo y no acojas al pecador, haz bien al humilde y no des al impío*¹². Sabemos claramente que esto no se prescribió de la limosna, que es obligado darla a todos, sino de la transmisión de la gracia del Señor.

4. Y añadió: *Pedid y se os dará; [buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que*

*busca, halla;] y al que llama se le abrirá*¹³. Nos manda el Señor pedir para que recibamos, pero pedir no la gloria del siglo ni las riquezas del mundo que son contrarias a la fe, sino las cosas que convienen a nuestra esperanza y salvación, es decir los dones celestes, la fe, la justicia, la misericordia, la modestia, la paciencia, la inteligencia de las Escrituras. Esto suele en efecto darlo y concederlo Dios a los fieles que se lo piden y creen de todo corazón; lo hace por medio del mismo Señor que dice en el Evangelio: *Todo lo que, creyendo en mi nombre, pidáis al Padre, lo recibiréis*¹⁴.

De la misma forma nos exhorta a buscar para que encontremos. Pero lo que debemos buscar ya lo manifestó antes el Señor diciendo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo esto se os dará por añadidura*¹⁵. Por tanto no debemos pedir los bienes de este siglo, sino aquellos bienes celestes y eternos de los cuales dice el Apóstol: *Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que preparó Dios a los que lo aman*¹⁶. Debemos buscar, pues, estos bienes, y al dispensador de todos estos bienes, del cual da testimonio David en el salmo diciendo: *Te busqué con todo mi corazón*¹⁷. Del cual también refiere Isaías: *Buscad a Dios y lo encontraréis. Inmediatamente, cuando se haya acercado a vosotros, deje el impío sus caminos y el hombre inicuo sus fechorías, y se le concederá misericordia*¹⁸.

Y con razón sigue: *Llamad y se os abrirá*¹⁹. De igual modo también aquí nos manda el Señor llamar, no a puertas ajenas, sino a la entrada de la vida y a los batientes del reino de los cielos. En efecto, si llamamos a esta puerta de la vida con la fe del corazón y las obras de la justicia, con-

descenderá a abrirnos Aquel que hizo accesible los reinos celestiales a los que creen en Él. Finalmente san Juan testimonió que se le abrió esta puerta de la vida o entrada del reino de los cielos al llamar con los méritos de su fe, como dice en efecto en el Apocalipsis: *Y me hice presente en espíritu y se me abrió una puerta en el cielo*²⁰.

5. Por eso sigue diciendo con razón que *todo el que pide recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abrirá*²¹. Porque si al pedir las cosas santas las hemos recibido y al buscar las celestes las hemos encontrado, con facilidad también, precedidos por los méritos de la fe, se nos abrirá la puerta del reino de los cielos cuando llamemos. Pues no se abre a todos, sino a los que avalan unos méritos justos y una vida de comportamiento santo. Leemos en efecto que aquellas vírgenes fatuas y negligentes llamaron ciertamente para entrar; dijeron, en efecto: *Señor, Señor, ábrenos*²². Pero se les respondió: *Apartaos de mí porque no os conozco*²³. Pero para que el Señor condescienda a abrirnos cuando llamemos, antes debemos nosotros abrir nuestro corazón al Señor que llama. Pues esto mismo dice el Señor en el Apocalipsis: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre, entraré a él y cenaré con él*²⁴. Por eso, si nosotros abrimos con fe al Señor cuando llama a nuestros corazones, sin duda también Él condescenderá a abrirnos las puertas del reino de los cielos cuando llamemos nosotros.

6. Y nos da ejemplo de que debemos pedir, buscar y llamar con insistencia aquel rogador nocturno que pedía incluso durante la noche²⁵, ciertamente de modo importuno, pero sin interrupción y por necesidad, y que recibió aque-

llo que pedía y buscaba. Por eso, para instruir nuestra fe, pone el Señor incluso un ejemplo tomado de los padres carnales, diciendo: *¿Quién de vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? Si le pide un pez, ¿acaso le dará una serpiente? Si, pues, vosotros, aunque sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará lo bueno a los que se lo piden*²⁶. Muestra por tanto, comparándolo con los padres carnales y terrenos, el cariño que nos tiene la misericordia celeste y su divina y paterna piedad. Pues todo padre, aun terreno y temporal, no puede negar a sus hijos, al menos por piedad paterna, los alimentos para la vida cuando se los piden; ni cuando desean lo bueno puede entregarles alguna cosa inútil o nociva, porque aunque cualquiera pueda ser malvado hacia los otros, hacia los hijos no puede sino mostrar entrañas de piedad y bondad. Si, pues, los padres carnales, que no pueden no tener alguna malicia, guardan por sus hijos este amor y cariño de piedad, ¡con cuánta misericordia reparte de buena gana a los que desean y piden los bienes celestes aquel Padre eterno del cielo, el único que es tierno, bueno y misericordioso!

7. Pero esto se puede considerar también en un sentido espiritual, como les pareció a algunos²⁷: que si a alguno de nosotros alguien que desea ser nuestro hijo por la gracia celeste le pidiera el pan del alimento salvífico y de la vida eterna, alegre y de buena gana haga también partícipes del alimento de la vida a los que lo desean. Pero podemos endurecer nuestros corazones como piedras, u oponerles cierta falta de esperanza o dureza de incredulidad, de modo que no les concedamos con ánimo pronto y complacido aquello que piden con fe.

La misma interpretación espiritual se aplica al que pide el pez. Pues en el pez está significada la gracia del agua viva y del bautismo celeste, en el que nacemos para Dios a la manera de los peces y, permaneciendo en ella, poseemos la vida perpetua. Por tanto a los que piden este tipo de pez, es decir a los que desean la gracia y la fe del bautismo, no podemos darles serpientes, es decir suministrarles los venenos de la maldad serpentina y la astucia diabólica, de modo que como la serpiente, que es el diablo, más que salvarlos queramos ponerles un lazo y engañarles.

8. *Y todo lo que queráis, dice, [que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos.] Ésta es en efecto la ley y los profetas*²⁸. En una breve frase compendió el Señor todo lo que era necesario para nuestra salvación y nuestra fe, de modo que lo que queramos que los otros nos hagan, lo hagamos nosotros del mismo modo a ellos. El Señor mostró abiertamente que todos los preceptos de la ley y los profetas consistían en estos mandamientos, al decir: *Ésta es, en efecto, la ley y los profetas*. Por tanto, si queremos que los demás nos hagan sólo cosas buenas y provechosas, nosotros debemos devolverles gracia y amor, para que, cumpliendo los preceptos de la ley y de los profetas, consigamos el pago de la fe de parte del Señor.

TRATADO 34

LOS DOS CAMINOS

1. Luego sigue: *Entrad por la puerta estrecha; [porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son] los que la encuentran*¹. Ancho es en efecto el camino de la perdición y de la muerte en el que el diablo, que en él reina, preparó espacios amplios para perecer. De este camino ancho y espacioso son muchas las entradas de perdición, a saber: la avaricia, la codicia, la lujuria, la pasión desenfrenada, la embriaguez, la deshonestidad, el furor, la impaciencia y toda iniquidad². Por éste entran todos los que son conducidos a la muerte sirviendo a los placeres del mundo y a los pecados y vicios sin angostura de obstáculo alguno y con el diablo como guía. Pero el camino angosto y estrecho es el de la fe, la justicia y la santidad, por el cual, con mucho trabajo y con la angostura interminable de los obstáculos, se llega al cielo.

De este camino ya había hablado antes el Señor diciendo a través de Isaías: *Yo soy el Señor, que te mostré el camino*

por el que has de ir³. También el bienaventurado David muestra que camina por esta vía, al decir: *Felices los que van sin mancha por el camino, los que avanzan en la ley del Señor*⁴. Y de este camino del cielo son muchas las sendas, a saber: la fe, la justicia, la honestidad, la prudencia, la santidad, la bondad, la paciencia, la mansedumbre, la piedad, la misericordia y las demás cosas buenas por las que el Espíritu Santo, a través de Jeremías, nos exhorta a entrar a cada uno de nosotros diciendo: *Deteneos en los caminos del Señor, mirad las sendas eternas de Dios y ved cuál es el camino bueno y caminad en él*⁵. Tenemos que detenernos por tanto en los caminos del Señor, tenemos que considerar las sendas eternas de Dios, para que podamos caminar por este camino bueno que es el del Evangelio. También el santo David se gloria de que el Señor lo ha conducido por las sendas de este camino, cuando dice: *Me condujiste Señor por las sendas de la justicia a causa de tu nombre*⁶. De estas sendas también da testimonio en otro salmo diciendo: *Hazme saber, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas*⁷. Por eso también el mismo Señor, para mostrarse guía de este camino celestial, declaró con razón en el Evangelio: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí*⁸. Éste es por tanto el camino estrecho y angosto que conduce al cielo, que dirige al paraíso, por el cual son conducidos a la vida unos pocos justos y elegidos a través de las diversas angosturas y tribulaciones del mundo, con el Señor de guía; son estos de quienes se dijo: *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*⁹.

2. Dos son, por tanto, los caminos que el Señor nos pone ante los ojos: uno de vida, otro de muerte; uno de sal-

vación, otro de perdición. Del camino de la vida y de la salvación es Cristo el guía; pero del camino de la perdición y de la muerte el guía es el diablo. Por tanto Aquél nos llama a la vida, éste nos arrastra a la muerte, Aquél a la salvación, éste a la perdición¹⁰. ¿A qué guía debemos seguir, y a la voluntad de quién debemos obedecer? Sin duda a la de quien nos invita a la vida, no a la de aquel que nos arrastra a la muerte, porque Cristo nos redimió de la muerte y nos volvió a llamar a la salvación perpetua una vez condenada la muerte,